

LOS VIERNES DEL DIABLO

— I —

La tarde agobiada de sol se derretía con lentitud sobre la ciudad. El calor del verano se colaba por los resquicios de las puertas y la melancolía de Semana Santa en los corazones de las gentes.

En el viento dormido, los gallos tildaban tristezas con su canto estridente y sobre el empedrado de las calles del barrio de San José, las jacarandas regaban sus flores moradas. El reloj de la Merced marcaba las dos de la tarde, las dos de la tarde del Miércoles Santo de un año olvidado.

Como sombras líquidas se deslizaban por las aceras de laja los pocos transeúntes, buscando protección de aquella lluvia de sol bajo los aleros de las casas.

Sobre la calle de San José dos hombres trabajaban afanosos en la elaboración de una *alfombra de aserrín*. Con la maestría que enseñan los años, iban esparciendo el serrín teñido sobre los moldes de cartón. Una delgada capa de serrín amarillo, extendida a lo largo de toda la calle de tierra, servía de base a los arabescos y motivos sagrados que bordados en distintos colores por las manos de los artesanos hacían surgir de sus moldes cálices, vides y espíritus santos.

— ¡Dios quiera que no llueva a la noche! —decía uno de ellos, un viejo enjuto tostado por el trópico—.

— ¡El cielo lo oiga maestro! —contestó el otro, mucho más joven de mediana estatura y complexión delgada—. Si llueve todo nuestro trabajo habrá sido en balde. ¡Y tanto que ha costado!

— En eso consiste el sacrificio, Diego —replicó el viejo— debe costar para que cuando Jesús de Candelaria pase mañana sobre ella, recoja nuestras penas sembradas hoy con el sudor de la frente. ¡Si no es así, no tiene gracia!

— ¡Ah maestro Pablo! ¡Cómo quisiera tener su paciencia y su devoción! A veces me cuesta creer en todo esto. A ver, dígame ¿qué le ha dado Jesús de



“Y Jesús de Candelaria caminó en hombros de los cargadores sobre la alfombra de aserrín...” Semana Santa. Antigua Guatemala, 1976 (fotografía: Mauro Calanchina).

Candelaria después de hacerle su alfombra por más de cincuenta años seguidos?

—Satisfacción, tranquilidad y esperanza —repuso el maestro alfombrero—.

—¡Bah! —exclamó Diego encogiéndose de hombros— de eso no se come.

—Pero sí se vive. . .

—¿Sabe, maestro Pablo? ¡Cómo quisiera tener dinero. . .! He tratado de conseguirlo en lo que va de mi vida, y ¡ya lo ve! aquí me tiene ayudándole a hacer la alfombra de Jesús de Candelaria.

—Sí que sos ambicioso ¿verdad? —le respondió indiferente el maestro—. Dios no te lo va a dar así por así, tal vez no te conviene. ¿Por qué no le pedís dinero al diablo entonces?

Diego rió asombrado. El maestro alfombrero continuó hablando:

—Hace ya tiempo la nía Chepa, una vecina del *palomar* donde vivo, me contó que por *El Amate* aparece el diablo todos los años el Sábado de Gloria, a eso de las diez de la noche, y uno puede pedirle lo que desea. Porque, así como en la noche de San Juan también el Sábado de Gloria florece el Amate; Judas y el diablo andan sueltos.

Diego rió con burla:

—¿Y qué? ¿Es cierto?

—No lo sé, nunca me atreví a comprobarlo; pero eso es lo que se cuenta. . .

—Bueno, Diego, —dijo el maestro levantándose— ¡al fin acabamos!

—Gracias a Dios —respiró aliviado el joven—.

—Mirá Diego, haceme la caridad de llevar al taller los moldes y el *aserrín* que sobró. Como es temprano quiero comenzar la alfombra de los Calderón en la calle de los Arboles.

—Váyase tranquilo maestro, yo me encargo de todo.

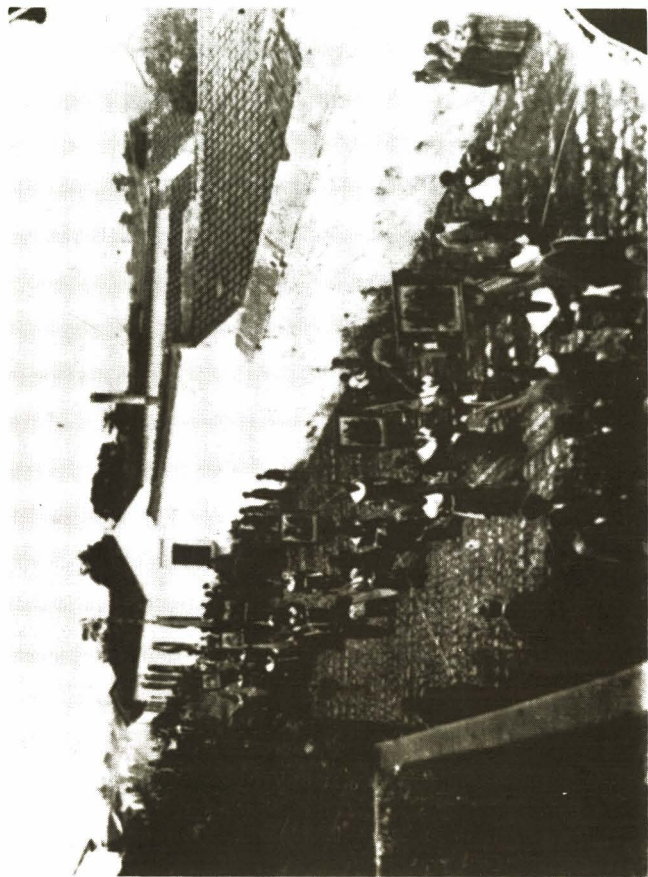
Unos momentos después Diego también se alejaba. Caminó por la calle de San José hasta internarse por las polvorientas calles de la Candelaria, rumbo a la Parroquia, donde su maestro tenía instalado un taller de Carpintería en la Calle Central. Luego se encaminó a su vivienda. El alquilaba un cuartito en una vieja casa de la Calle de los Eucaliptos, cercano al taller. Diego entró. Encendió un pequeño candil y se tiró sobre el duro lecho. Era una habitación lóbrega y triste. Una cama de pino, un cofre de Totonicapán y unas cuantas sillas constituían sus enseres.

La débil llama azul-ámbar trazaba sombras grotescas en la pared blanca y en sus ojos negros.

Escuchaba muy cerca los gritos del enjambre de niños que al pie de los grandes árboles jugaban a la *tenta* y al *arranca-cebollas*, junto al bronce de las campanas de la Parroquia que llamaba a la oración y pulverizaba la tarde en sus oídos.

Las palabras del maestro alfombrero erraban con obstinación en su espíritu:

—¡Pedirle dinero al diablo! ¡Bah! ¡Qué tontería. . .! —se decía— y, ¿si fuera cierto. . .? ¿Por qué no probar. . .? ¡Dios mío! eso sería un pecado gravísimo. . . ¡El padre Miguel no me absolvería nunca! Pero sólo así tendría dinero y podría vivir mejor, comer como la gente. . . dejar de tiritar de frío en las



“Siguiendo a la columna de Cucuruchos aparecía el anda del Señor...”. Procesión de Semana Santa en el Barrio de Candelaria. Mediados del siglo XIX. (Colección: A. René Godoy).

noches de diciembre. . .

— ¡Ay virgencita del Rosario. . .! ¿qué hago?

Poco a poco el cansancio se fue apoderando de sus párpados mitigando las dudas que sacudían su alma, hasta que cayó profundamente dormido.

— II —

Los días dolorosos de la Semana Santa cayeron sobre la Nueva Guatemala con la angustia de siempre. El Nazareno-mártir hacía sentir su agonía en la tristeza de las tardes olorosas a flor de corozo y en el morado de los *cucuruchos*.

En las primeras horas del Jueves Santo, Diego acudió a la calle de San José a esperar el paso de la procesión de Jesús de Candelaria. A lo largo de la *alfombra de aserrín*, el maestro Pablo colocaba gruesos panes de a cinco *reales*. . . "Para que el Señor nos bendiga la mesa, Diego —le había explicado— y nunca nos falte el sustento".²⁵

El suntuoso cortejo desfiló ante ellos. Siguiendo a la columna de *cucuruchos* el Nazareno de Candelaria en su anda de caoba caminó en hombros de los cargadores sobre la alfombra de serrín. Diego se dio cuenta cómo los ojos de la imagen se transfiguraban con los colores de la alfombra, y luego, al pasar a su lado, sintió descender un destello de agradecimiento, un hilo de esperanza que se le hundió en el alma.

Sin saber la causa, madejas de emoción empañaron sus ojos. Estaba llorando, buscó el apoyo de su maestro y lo encontró de hinojos junto a la alfombra deshecha. . . Sollozaba en silencio. . . haciendo de sus lágrimas un rosario de penas que acongojado musitaba. . .

— ¡Qué fe más clara! —pensó Diego—, y respetando su agonía se hincó a su lado.

La mañana del Sábado de Gloria se abrió radiante en los cielos.

Por la Avenida Central caminaba Diego, muy nervioso, a toda prisa, sin rumbo definido. Eran las doce del día. La ciudad estallaba en cohetes y bombas porque en todos los barrios se ahorcaba a Judas. En la calle de la Esperanza, frente a la Merced, pendiente del balcón alto de una casa, alcanzó a ver a un Judas hecho de retazos de tela, relleno de viruta y paja.

Un muchacho terminaba de leer a gritos el testamento. Diego se detuvo a escucharlo:

— . . . y por traidor, —concluía— te condenamos a morir ahorcado, y a ser arrastrado por las calles de la ciudad. Entre risas y gritos Judas se balanceaba en el aire. Alguien cortó la cuerda y el muñeco de trapo se perdió en la esquina de la calle de la Merced arrastrado por la alegría del pueblo.

Luego, sin saber a donde ir, Diego vagó por los barrios de la ciudad llevando enredada en el alma una ansiedad hasta entonces desconocida.

²⁵ Informante Ramiro Araujo, Maestro altarero y alfombrero popular de la ciudad de Guatemala, 1973 (Cfr. Castillo, inédito).



*"Diego alquilaba un cuartito en una vieja casa de la Calle de los Eucaliptos. . .".
Calle de los Eucaliptos. Barrio de la Parroquia. Diciembre, 1975. (Fotografía:
Mauro Calanchina).*



*"En la Calle de la Esperanza, frente a la Merced, el pueblo quemaba a Judas...".
Calle de la Esperanza y Calle de la Merced. Barrio de la Merced. Diciembre, 1975.
(Fotografía: Mauro Calanchina).*

Tuvieron que transcurrir varios días para que Diego comprendiera a cabalidad lo que había hecho. Al principio se asustó, y se arrepintió profundamente, pero luego pensó en las ventajas que podía sacarle a los Viernes del Diablo y se tranquilizó.

Lo único que le inquietaba era la condición que el demonio le había impuesto, pero conforme los colores de la fortuna fueron apareciendo en su vida, le dejó de turbar tanto.

Por primera vez, Diego Castillo sabía lo que significaba el respeto y la sumisión. Las mujeres y la fortuna parecían buscarlo exprofeso. Cambió de casa y compró un landó particular.

Y la sociedad de la Nueva Guatemala le recibió con muestras de gran deferencia. Pocas veces caminaba a pie. Siempre transitaba en lujosos landós con sus amigos. Don Diego Castillo brillaba entre los prohombres de la iglesia y el gobierno de Guatemala.

En verdad, el diablo cumplía a la perfección su parte en el pacto.

El problema que más afligía a don Diego Castillo de la calle del Teatro, en el barrio de Santa Rosa, era la obligación que el diablo le había impuesto: llegar todos los primeros viernes al amate a renovar el compromiso.

Diego llegaba cuando la noche había envejecido. Se posaba en una piedra al lado de la inmensa sombra del amate y esperaba a que el diablo llegase. Las veces que Diego se aproximó, el señor de las Tinieblas nunca se manifestó como la primera vez, tan sólo un penetrante olor a azufre saturaba el ambiente y una silueta negra se deslizaba tras el grueso tronco del árbol. Diego, con el espanto en los labios, esperaba a que el olor se diluyera en el viento, y se retiraba presuroso. Subía a su coche y se lanzaba galopando por la calle del Lagartero hasta perderse en la profundidad del silencio de la ciudad.

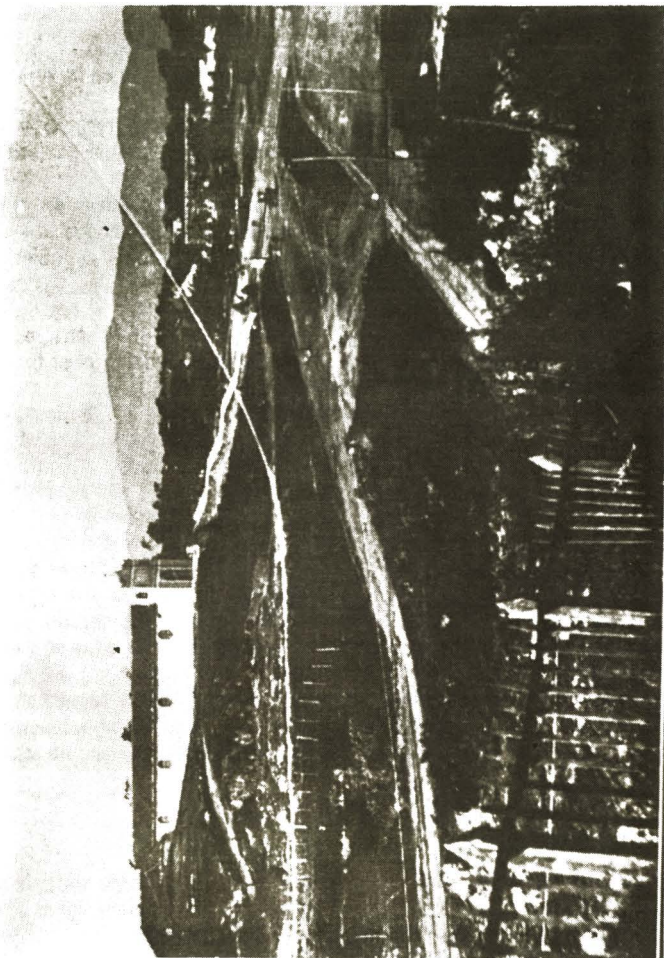
Así pasaron muchos primeros viernes. Tantos que Diego había perdido ya la cuenta. Ahora ya no se asustaba de ver al demonio y le parecía una situación tan natural, que casi no se inmutaba cuando aquél aparecía.

Y mientras tanto las riquezas crecían y crecían, hasta convertir su casa en la calle del Teatro, en una de las más alegres de la ciudad. Allí se vivía cómodamente; había de beber y comer en abundancia, en tal cantidad que, a veces, Diego no sabía qué hacer con tanto bienestar.

— IV —

Una mañana regresaba Diego del paseo de los Naranjalitos. Como todavía el sol estaba fresco y tibio decidió caminar. Tomó la calle de las Congregaciones y se dirigió a la del Sol, pasando bajo las arcadas del palacio del gobierno.

Saludando a mucha gente entró por las arcadas del portal de las panaderas. Vendedoras con canastos llenos de pan se dedicaban aregonarlo. Los limosneros se arremolinaban alrededor de las expendedoras para conseguir migajas de harina. Diego pensaba en lo dichoso que era su existencia al haber podido salir de su



*“Tras la silueta de la iglesia del Calvario, se erguía misterioso el viejo amate...”.
Iglesia del Calvario y Plaza del Amate. Finales del siglo XIX. (Colección: A. René
Godoy).*

antigua y paupérrima situación y poder vivir ahora en la opulencia. A grandes zancadas trataba de salvar el portal que tan malos recuerdos le traía, volvió el rostro y se encontró con los ojos penetrantes de Jesús de la Buena Esperanza que desde su hornacina le miraba dulce y cabizbajo.

Diego se detuvo de golpe. La mirada pletórica de ternura del Jesús del lienzo le encadenaba los pasos y no lo dejaba continuar. Aquel Jesús, que tendría a saber cuántos años, y que había visto pasar desde su nicho un sinfín de acontecimientos, y que hoy apenas si alguien reparaba en su presencia, tan sólo para hacer una genuflexión o bien trazar en el aire la señal de la cruz, le detenía ahora con su mirada.

Diego quiso retirarse pero la fuerza convincente de los ojos de Jesús se lo impidió. Sin saber por qué, cayó de hinojos y empezó a sollozar. Sus labios apenas alcanzaban a murmurar una sola palabra: ¡perdón! ¡perdón!

Con la ayuda de unos amigos logró llegar a su casa de la calle del Teatro y en varios días no salió más. Suspendió toda la alegría que había reinado en su hogar y se dedicó a la meditación.

¿Qué hacer? Jesús le había enseñado nuevamente el camino; ahora tenía que seguirlo, si no quería condenarse eternamente. ¿Y el diablo? ¡Qué hacer con el pacto que habían acordado! Sabía con toda certeza que al demonio no se le engaña tan fácilmente. Además le daba miedo burlarlo. El castigo de Luzbel, pensaba, siempre es tremendo.

Después de meditar y meditar decidió no llegar un viernes más al amate y cumplir la cita con el diablo. Concluyó que olvidarlo era lo mejor y se dedicó desde entonces a la oración en el oratorio de su casa.

Sin embargo, cuando se veía obligado a salir de la casa, encontraba a la vuelta de la esquina, apoyado en un poste, o recostado en la pared de enfrente a un hombre vestido de negro, con la capa que lo cubría casi por completo, y un sombrero de ala ancha que le ocultaba el rostro. Bajo el sombrero, dos ojos centelleantes lo seguían a donde fuera. Cuando el perseguido levantaba los ojos y se encontraba con los del hombre, se estremecía.

Eran los ojos del diablo que le perseguían y le recordaban su deber incumplido. Diego se sentía cada vez más agitado; creía volverse loco. No podía salir al patio porque veía sentado sobre las tejas al señor de las Tinieblas.

Ni en el teatro lo dejaba tranquilo. Siempre la sombra lo esperaba enredada entre los naranjales.

Diego se exasperó. La presencia del demonio le hacía imposible la existencia, por lo que una mañana salió, apenas vestido, rumbo al convento de San Francisco y pidió hablar con Fray Emigdio, el guardián.

Delante del fraile, Diego confesó su pecado. El padre escandalizado, colérico y sumamente conmovido empezó el ritual del exorcismo.

Muchos días pasó Diego en el convento. Muchas velas se consumieron, ayunos, penitencias y agua bendita esparcida en los cuatro rincones de su cuerpo. Finalmente, Fray Emigdio selló el ritual golpeándole tres veces con su cordón de

Sin embargo, en lo más profundo de su alma afloraba la ternura, porque aquel hijo que llevaba dentro de sí, era fruto de un amor que la había consumido y la seguía arrasando con su fuego.

Y en las tardes soleadas y frías, arrellanándose en una mecedora, dejaba vagar su pensamiento en el espacio, tan fugazmente como los meses que corrían.

– VI –

Una mañana supo María de los Remedios que don Gracián Palma regresaba. Una tremenda aflicción se apoderó de todo su ser hasta llevarla a los linderos de la desesperación.

Su exquisita figura había cambiado con el vigor de la maternidad. Era imposible ocultarlo más.

Obsesionada por el próximo encuentro con su marido, quemaba sus horas en una ansiedad tan agobiante, que contribuyó a acelerar el momento del alumbramiento.

Ayudada por una fiel sirvienta, dio a luz un niño, a quien desde el primer momento bautizó con el nombre de su progenitor: Juan de la Cruz.

Las murmuraciones en la pequeña ciudad no tardaron en aflorar. ¡Y cuánto sufrimiento llevaban al corazón de María de los Remedios! Juan intentaba consolarla, pero todos sus esfuerzos fueron vanos.

El fontanero lloraba amargamente el calvario de su amada, pues a pesar de las penas y el escándalo la amaba cada vez con mayor intensidad.

Por fin María de los Remedios recibió la noticia que nunca hubiese querido escuchar: Don Gracián Palma de Montes de Oca había arribado a Santo Tomás de Castilla y llegaría a la ciudad de un momento a otro. Naufragó su última esperanza. Se ocultó de todos, incluso de Juan.

Y entonces, cuentan los viejos del barrio de la Parroquia, que la hermosa mujer estaba al borde de la locura, y sin saber lo que hacía, descontrolada la razón, una noche en que la luna llenaba la tierra de plata, tomó al niño en sus manos, se vistió de negro y con sigilo salió de su casa. Con paso trémulo atravesó las calles de la ciudad rumbo al oriente. Cruzó el Cerro del Carmen, como una silueta de carbón, atravesó la Parroquia y se dirigió al río de las Vacas. Llegó a la ribera y sin meditarlo dos veces, hundió a su pequeño hijo, Juan de la Cruz, entre las aguas. Un llanto reprimido y las frías aguas del río se tragaron la vida del pequeño ser.

Las líneas suaves de María de los Remedios, que tanto cautivaron al fontanero de la calle de la Concepción, se transformaron. Crispada y convulsa, pavorosamente desfigurada y lanzando sollozos tremendos, después de haber ahogado a su hijo, siguió llorando a gritos por la ribera del río.

Con el vestido negro desgarrado, arrastrando su ajada figura, lanzando gritos espeluznantes y plañiendo con voz sobrenatural, se perdió en los abismos del infinito.

- VII -

Juan de la Cruz estaba triste. Nadie le supo decir del paradero de su amada María de los Remedios, ni del hijo que llevaba su nombre.

Una noche había salido a deambular para consolar su angustia, y sin darse cuenta se encontró junto al tanque de agua de San Sebastián. Tratando de poner en orden sus pensamientos, se detuvo en la orilla, cuando percibió de pronto la atmósfera pesada y escuchó tres pavorosos gritos que casi le paralizan el alma. Claramente oía y sentía los sollozos prendidos en el viento.

— ¡Ay... ay... ay... ! —exclamaban— ¿Dónde estás Juan de la Cruz? ¿Dónde estás hijo mío?

Juan se percató de cómo una sombra negra, desgajada de la misma noche, pasaba cerca de él y hundía las manos en el agua del tanque gritando:

— ¡Ay... ay... ay... ! ¿Dónde estás Juan de la Cruz?

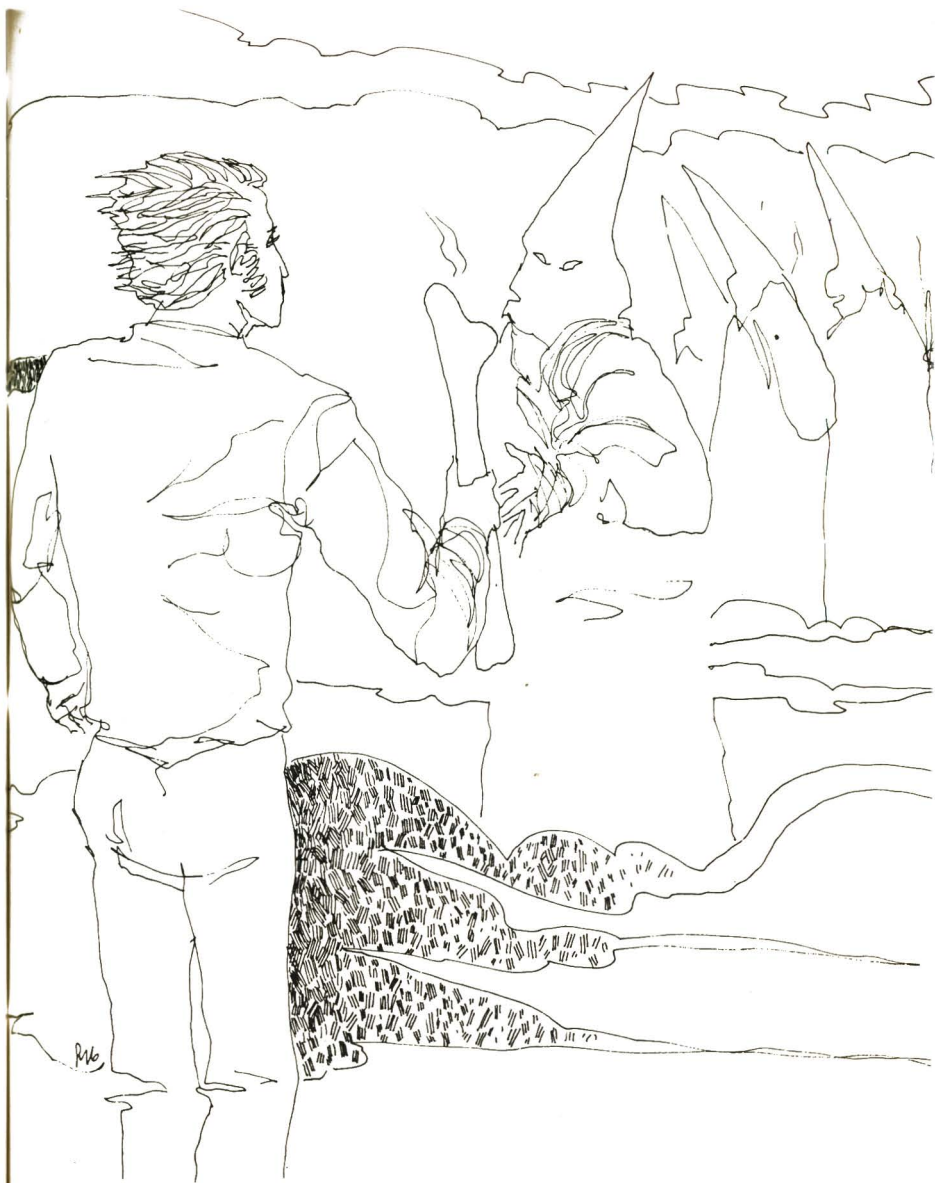
Después de lanzar tres gritos lejanos, pavorosamente horrendos, se volvió a las sombras por el callejón del Manchén.

— ¡Oh Dios!, ¡Dios! —gritó Juan, medio enloquecido— María de los Remedios, ¿por qué lo hiciste?

Amargas lágrimas regaban sus mejillas y su mente y sus labios repitieron mil veces:

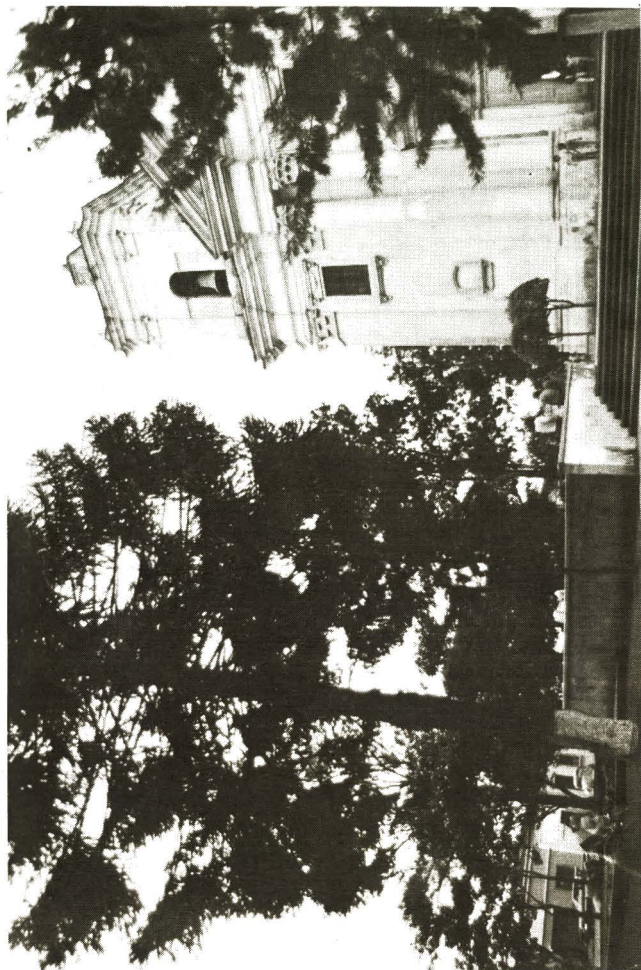
¡María de los Remedios... María... María de los Remedios...! Y el fontanero de la calle de la Concepción envejeció como las leyendas, cuidando su fuente, su historia y su recuerdo.

En tanto se dice entre la gente de los barrios coloniales de la ciudad, que Dios castigó a doña María de los Remedios Salazar y Rodríguez por haber ahogado a su hijo. La convirtió en la *Llorona*, condenándola a salir todas las noches a llorar por las calles y los parajes donde hay agua, para escarbar en busca de su hijo Juan de la Cruz.



LOS PENITENTES DE LA RECOLECCION

"...y el penitente le dijo: -Tened hermano. El próximo viernes tendréis que devolvérmelo".



*“Nía Tana, atravesó el atrio de la Recolectión y cruzó la Calle del Olvido...”
Templo y Alameda de la Iglesia de la Recolectión. Diciembre, 1975. (Fotografía:
Mauro Calanchina).*